

azul que de montaña a montaña, se refleja en la superficie rizada de las aguas. El *Lacus Larius*, cantado por Virgilio en sus *Geórgicas*, mece blandamente la embarcación capaz de transportar un millar de turistas. Ya suelta el paquebot sus amarras y al deslizarse bordeando la ribera oriental, comienza el sorprendente desfile de panoramas que se renuevan sin cesar.

Bordan las faldas de los montes, jardines salpicados de villas, caseríos inverosímiles, con tejados y torres escarlata, que parecen por milagro adheridos al mullido césped de la montaña; bosques y laderas que, con sus tonalidades y dibujos, semejan alfombras y tapices suspendidos de los altos picos, dignos de festejar el paso de la mágica Cabalgata del Ensueño.

Al llegar a la punta de Bellagio el lago se ensancha y se convierte en un pepueño mar; la pesada embarcación cabalga magestuosa sobre las olas que a retazos rompen en espuma como si una miriada de gaviotas hubiera caído de repente sobre la transparencia opalina de las aguas. Ya se divisan las alturas del Colico y de Lugano el más elevado monte de la Lombardía, con su caperuza de perpetuas nieves que a esta luz del sol poniente reverbera con cegador destello...

Hemos virado en redondo y estamos en la ori-

